



¿Puede confiar en Dios?

*Invócame en el día de la angustia;
yo te libraré y tú me honrarás.*

Salmos 50:15

La carta no traía buenas noticias. Una familiar cercana, muy querida, acababa de enterarse de que tenía cáncer en los huesos. Las células malignas de un ataque anterior de la misma enfermedad que habían quedado inactivas durante ocho años, invadieron las partes óseas de su cuerpo, y la cadera se encontraba casi destruida. El doctor estaba sorprendido de que todavía pudiera caminar. Estas situaciones son muy comunes en nuestros días. Mientras escribía este capítulo, tuve siete amigos, todos con cáncer, en la lista de mis oraciones *prioritarias*.

Pero el cáncer y otras enfermedades físicas no son, lógicamente, la única razón de ansiedad. Hace algunas semanas, durante un almuerzo, un amigo comerciante decía que su compañía estaba en peligro de ir a la quiebra. Otras experiencias alarmantes nos conducen a un adolescente espiritualmente rebelde. La verdad es que todos nosotros enfrentamos la adversidad en variadas formas y en diferentes momentos.

¿Puede confiar en Dios?

Un psiquiatra secular lo expresa en su reciente y muy bien vendido libro, con una sencilla afirmación: *La vida es difícil*. La adversidad y el sufrimiento emocional se presentan de diversas formas. Puede ser el dolor de un matrimonio desdichado, la decepción de una maternidad frustrada, o la pena por un hijo espiritualmente indiferente o rebelde. También existe la ansiedad de la persona que pierde su empleo siendo el único proveedor del hogar, y la desesperación de una joven madre al enterarse que tiene una enfermedad mortal.

Otros experimentan frustración al ver sus esperanzas truncadas y sus sueños sin realizar: un negocio que se arruinó, o una carrera universitaria que nunca se terminó. Otros viven la punzada de la injusticia, la amargura de la soledad y la prueba de una tristeza inesperada. Existe la humillación y el rechazo, la degradación y, lo peor, el fracaso que llega por nuestra propia culpa. Finalmente, existe la desesperación al darse cuenta de que algunas situaciones difíciles, como una enfermedad o un impedimento físico de un hijo, nunca cambiarán.

Todas estas circunstancias contribuyen más a la ansiedad y dolor emocional que todos vivimos en diferentes momentos y en diversos grados. El dolor es repentino, traumático y devastador. Otras adversidades son crónicas, persistentes y aparentemente diseñadas para desgastar nuestro espíritu con el paso del tiempo. Además de nuestros sufrimientos, con frecuencia nos piden que ayudemos a sobrellevar las penas de otros, ya sean amigos o parientes. Las ilustraciones empleadas en los párrafos anteriores no son imaginarias, pues muchas de ellas han sido tomadas de mi lista personal de oración. Si usted desea puede ponerle nombre a cada una. Cuando los que amamos sufren, nosotros también sufrimos.

Confiando en Dios aunque la vida duela

Con frecuencia, y a nivel mundial, leemos en los periódicos o vemos en los noticieros ejemplos de sufrimiento, angustia y dolor a gran escala. Las guerras, el terrorismo, los terremotos, el hambre, la injusticia racial, el homicidio y la explotación, suceden a diario en diferentes lugares del mundo. La amenaza de un holocausto nuclear que nos está inquietando permanentemente, ha hecho que se denomine este período de la historia como la era de la ansiedad. En estos tiempos, cuando la crisis mundial aparece a diario en nuestra televisión, incluso el creyente es tentado a preguntarse: *¿Dónde está Dios? ¿Él no se preocupa por los miles de civiles inocentes que mueren de hambre en África o los que están siendo brutalmente asesinados en muchos países del mundo devastados por la guerra?*

A una escala mucho menor, aquellos cuyas vidas están libres de un dolor más grande, experimentan con frecuencia la frustración o ansiedad que producen acontecimientos cotidianos que momentáneamente atraen nuestra atención robándonos nuestra paz mental. Por ejemplo, unas vacaciones planeadas durante mucho tiempo, tienen que suspenderse por enfermedad; la lavadora se daña justo cuando la visita llega; los apuntes de clase se extravían o son robados el día anterior al examen; el vestido favorito se rompe cuando va camino a la iglesia, y así sucesivamente. Eventos de esa magnitud son numerosos, pues la vida está llena de ellos.

En verdad estas circunstancias son sólo temporales e insignificantes comparadas con los acontecimientos verdaderamente trágicos de la vida. Para muchos de nosotros, la existencia está llena de pequeños eventos, pequeñas frustraciones, pequeñas ansiedades, y pequeñas decepciones que nos llenan de sentimientos de disgusto, impaciencia y preocupación. En un libro devocional para estudiantes de bachillerato titulado: *Si Dios me ama, ¿por qué no puedo dejar mi casillero abierto?*, el autor ha interpretado adecuadamente el sentido de cómo las pequeñas frustraciones

¿Puede confiar en Dios?

pueden hacernos dudar de Dios. La escena que este título dibuja en nuestra mente nos causa risa; pero lo cierto es que este es el plano de dificultad en el que muchos de nosotros nos movemos a diario. Y es en circunstancias cruciales o aun en el nivel de menor adversidad cuando somos tentados a preguntarnos: *¿Puedo confiar en Dios?*

Incluso cuando la vida parece transcurrir apaciblemente, y nuestro camino y diario andar parecen ser placenteros y tranquilos, no sabemos qué nos depara el futuro. Como dijo Salomón: *No te jactes del día de mañana, porque no sabes lo que el día traerá (Proverbios 27:1)*. Alguien ha descrito la vida como una cortina gruesa atravesada en nuestro camino, que se aleja de nosotros a medida que avanzamos, pero sólo paso a paso. Ninguno de nosotros puede decir qué hay al otro lado de ella, ni qué acontecimientos puede traer a nuestras vidas cada día u hora. Esta cortina, algunas veces revela los hechos tal como los hemos esperado; con frecuencia nos muestra acontecimientos inesperados y no deseados que se exponen en forma contraria a nuestros deseos y expectativas, que generalmente inundan nuestros corazones de ansiedad, frustración, angustia y dolor.

El pueblo de Dios no es inmune al dolor. En efecto, usualmente, parece como si éste fuera más implacable, reiterado, incomprensible y sentido más profundamente que el del no creyente. El problema del dolor es tan antiguo y universal como la historia del hombre. Hasta la creación, nos dice Pablo: *fue sometida a la frustración... gime a una, como si tuviera dolores de parto (Romanos 8:20-22)*.

Entonces, de manera natural surge la pregunta: *¿Dónde está Dios en todo esto?* ¿Puede usted verdaderamente confiar en Dios cuando la adversidad golpea y llena su vida de dolor? ¿Realmente puede venir al rescate de aquellos que le buscan? Como afirma el texto anotado al empezar este capítulo, ¿libera a aquellos que

Confianza en Dios aunque la vida duela

lo invocan en el día de angustia? ¿Rodea Su inagotable amor a la persona que confía en Él? (Ver *Salmo 32:10*).

¿Puede usted confiar en Dios? La pregunta misma tiene dos posibles interpretaciones antes que pretendamos contestarla. Primera: ¿Es Dios confiable en épocas de adversidad? La segunda interpretación sería: ¿Es tal su relación con Dios y su confianza en Él, que cree que está con usted en su adversidad, aunque no vea ninguna evidencia de Su presencia y poder?

No es fácil confiar en Dios en momentos de prueba. Nadie disfruta el dolor y, cuando éste viene, queremos que salga de nuestra vida a la mayor brevedad. Incluso el apóstol Pablo le suplicó tres veces a Dios para que le quitara el aguijón de la carne, antes de que entendiera que la gracia de Dios era suficiente. José le pidió al copero del faraón *sacarle de esta cárcel (Génesis 40:14)*. Y el escritor de Hebreos establece muy sinceramente que *Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa (Hebreos 12:11)*.

Experimenté uno de esos períodos de adversidad durante el tiempo que estuve trabajando en este primer capítulo, y me di cuenta que fue difícil confiar en Dios. Parecía ser una dolencia física que se convertiría en una enfermedad para toda la vida. Apareció en un momento muy inoportuno, y durante varias semanas no respondió a ningún tratamiento médico.

En ese lapso de tiempo y a medida que suplicaba continuamente a Dios por alivio, recordaba las palabras de Salomón: *Contempla las obras de Dios: ¿quién puede enderezar lo que él ha torcido? (Eclesiastés 7:13)*. Dios había puesto una *arruga* en mi vida, y me hice consciente de que sólo Él tenía el poder para quitarla. ¿Podría confiar en Él, solucionara o no mi *situación*, y aliviara o no mi angustia? ¿Creía en realidad en un Dios que me amaba y sabía lo que era mejor para mí, que tenía el control de mi situación? ¿Podría confiar aunque no comprendiera?

¿Puede confiar en Dios?

Además, ¿podría animar a otros a confiar en Él cuándo estuvieran atravesando por situaciones adversas? ¿O toda la idea de confiar en Dios es solamente un lema cristiano que se desvanece ante los sucesos difíciles de la vida? ¿Puede usted en realidad, confiar en Dios?

Compadezco a quienes consideran difícil confiar en Él en la adversidad. He estado así, sólo para conocer algo de la angustia, la desesperación y la oscuridad que llena nuestras vidas cuando nos preguntamos si Dios realmente se preocupa de las situaciones difíciles que enfrentamos. He invertido una gran parte de mi vida adulta animando a las personas a seguir la santidad y a obedecer a Dios; pero reconozco que a menudo parece más difícil confiar en Él que obedecerle. La Biblia nos muestra que la voluntad de Dios es racional y razonable; pero las circunstancias en las que debemos confiar en Él, generalmente parecen irracionales e inexplicables.

Reconocemos con prontitud que la ley de Dios debe ser buena para nosotros, aun cuando no queramos obedecerla. Las situaciones de nuestras vidas con frecuencia parecen ser terribles, sombrías, y algunas veces calamitosas y trágicas. También resulta aceptable obedecer a Dios dentro de unos límites definidos de lo que consideramos Su voluntad revelada. La confianza en Dios se produce en un terreno que no tiene límites. No conocemos la extensión, duración o frecuencia del dolor, ni de las circunstancias adversas en las que frecuentemente debemos confiar en Él. Lo que sí debemos saber es que siempre estamos enfrentándonos a lo desconocido.

Sin embargo, es tan significativo confiar en Dios como obedecerle. Cuando somos desobedientes desafiamos Su autoridad y menospreciamos Su santidad. Pero, cuando no confiamos en Él, dudamos de Su soberanía y cuestionamos Su bondad. En ambos casos lanzamos ofensas a Su majestad y carácter. Dios

Confiando en Dios aunque la vida duela

observa nuestra falta de confianza en Él tan seriamente como nuestra desobediencia. Cuando el pueblo de Israel tenía hambre habló mal de Dios diciendo: *¿Podrá Dios tendernos una mesa en el desierto?... ¿podrá también darnos de comer?*. Los dos siguientes versículos nos dicen: *Cuando el Señor oyó esto, se puso muy furioso... Porque no confiaron en Dios, ni creyeron que él los salvaría (Salmo 78:19–22)*.

Para creer en Dios, debemos ver siempre nuestras circunstancias adversas a través de los ojos de la fe, y no del sentido común. Así como la fe de la salvación viene por oír el mensaje del evangelio (*Romanos 10:17*), la fe para confiar en Él, en las situaciones difíciles, viene de la Palabra de Dios. Es sólo por aplicar las Escrituras a nuestros corazones con la ayuda del Espíritu Santo, que recibimos la gracia de confiar en Dios en los momentos de sufrimiento.

Las Escrituras enseñan tres verdades esenciales acerca de Dios con respecto a la adversidad, en las que debemos creer, si vamos a confiar en Él en situaciones difíciles:

- Dios es absolutamente soberano.
- Dios es infinitamente sabio.
- Dios es perfecto en amor.

Alguien ha expresado estas verdades en relación con nosotros de la siguiente forma: *Dios en Su amor siempre desea lo mejor para nosotros, en Su sabiduría siempre sabe lo que es mejor, y en Su soberanía tiene el poder para hacer que suceda.*

La soberanía de Dios se confirma en casi todas las páginas de la Biblia de manera explícita o implícita. Mientras la estudiaba preparándome para escribir este libro parecía interminable la lista de versículos acerca de ella, pues cada vez que abría las Escrituras aparecían nuevas referencias.

¿Puede confiar en Dios?

En los siguientes capítulos veremos muchos de estos pasajes, pero por ahora sólo reflexionaremos en uno:

*¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad
sin que el Señor dé la orden?
¿No es acaso por mandato del Altísimo
que acontece lo bueno y lo malo?
(Lamentaciones 3:37–38)*

Este pasaje de la Escritura ofende a muchas personas porque encuentran difícil aceptar que lo bueno y lo malo vengan de Dios. Con frecuencia la gente se pregunta: *Si Dios es un Dios de amor, ¿cómo permite semejante calamidad?* Pero Jesús mismo afirmó la soberanía de Dios en la calamidad cuando Pilatos le dijo: *¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para mandar que te crucifiquen?* Respondió Jesús: *No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba (Juan. 19:10–11).*

En un sorprendente acto de amor hacia nosotros, Dios permitió el sacrificio de Su Hijo por nuestros pecados. Sin embargo, frecuentemente pasamos por alto que para Jesús fue una experiencia sumamente dolorosa; más de lo que podamos imaginar. En la humanidad de Jesús este sacrificio fue suficiente para hacerlo orar *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú (Mateo 26:39)*, sin vacilar en el reconocimiento del control y soberanía de Dios.

Si los creyentes aceptáramos la afirmación bíblica de la soberanía de Dios en lo bueno y en lo malo, eso bastaría para sentirnos confortados. ¿No importa por qué clase de calamidad o problema en particular estemos atravesando; pero sí podemos estar seguros de que nuestro Padre tiene un propósito amoroso! Como dijo el rey Ezequías. *Sin duda, fue para mi bien pasar por tal angustia.*

Con tu amor me guardaste de la fosa destructora, y le diste la espalda a mis pecados (Isaías 38:17). Dios no ejerce Su soberanía caprichosamente, sino sólo en la forma en que Su infinito amor sabe que es mejor para nosotros. Jeremías escribió: (El Señor) nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor. El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado (Lamentaciones 3:32–33).

La soberanía de Dios es ejercida también en infinita sabiduría, más allá de nuestra comprensión. Después de estudiar la suprema pero inescrutable relación con Su pueblo, los israelitas, el apóstol Pablo se rinde ante el misterio de las acciones de Dios con estas palabras:

*¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría
y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables
sus juicios e impenetrables sus caminos!
(Romanos 11:33)*

Pablo reconoció qué debemos aceptar si vamos a confiar realmente en Dios, cuyo plan y forma en que lleva a cabo Sus designios están más allá de nuestra capacidad de comprensión y entendimiento. Debemos aprender a confiar en Él cuándo no entendemos lo que sucede a nuestro alrededor.

En los siguientes capítulos analizaremos más detalladamente estas tres verdades: La soberanía, el amor y la sabiduría de Dios. Pero el propósito principal de este libro no es analizar estas maravillosas realidades. Lo más importante es llegar a estar tan convencidos de ellas que las apliquemos en las circunstancias diarias de la vida, y que aprendamos a confiar en Él en medio del dolor, cualquiera que sea la forma que éste tome. Aunque nuestro dolor sea trivial o traumático, temporal o interminable, debemos aprender a confiar en Dios y glorificarle en estas situaciones, sin tener en cuenta la naturaleza de ellas.

¿Puede confiar en Dios?

Pero hay un pensamiento final antes de empezar nuestros estudios sobre la soberanía, el amor y la sabiduría de Dios. Para confiar en Él, debemos conocerle íntima y personalmente. David dijo en el *Salmo 9:10* *En ti confían los que conocen tu nombre, porque tú, Señor, jamás abandonas a los que te buscan.* Conocer el nombre de Dios es conocerle en una forma íntima y personal. Es mucho más que sólo saber cosas acerca de Él. Es llegar a una relación personal más profunda con Él, como resultado de buscarlo en medio de nuestro dolor, y descubrir que es confiable. Sólo en la proporción en que le conozcamos de esta forma personal, llegaremos a creer en Él. A medida que lea y estudie los siguientes capítulos, y relacione lo que está aprendiendo de Dios con respecto a sus situaciones personales, ore para que el Espíritu lo haga comprenderlas, para conocerlo mejor y así confiar en Él de manera absoluta.